

muy pronto, tan pronto como tuviera tiempo, y por decir algo, para que Suárez no creyera que yo tenía entrañas pedernalinas, le dije como satisfecha:

— Tengo noticias más frescas que las de usted; de algo me sirven esas aldabas que usted dice; he puesto en movimiento á la policía francesa y no tardaré en saber santo y seña sobre Génie, ni ella puede dilatar mucho en estar aquí á mi lado.

— Lo dudo, lo dudo, dijo el taimado viejo.

— Ya verá usted.

— Sí, ya veremos, dijo un ciego, y nunca vió...

Se quedó parado con el sombrero en la mano, y luego, como al descuido, me arrojó la flecha del partho:

— Conque la unión de Francia y México es un hecho... un hecho consumado...

Me quedé callada figurándome adónde iba el condenado rucio, y le contesté por contestarle algo:

— ¿Sí?

— Sí, y tú lo sabes mejor que nadie; parece que el valiente ejército de Napoleón no se limita á guerrear contra los juaristas y á vencerles, sino que también combate contra las mexicanas y hace mayores estragos entre ellas... Bien pensado, bien pensado; es la verdadera conquista pacífica.

Me quedé como un granizo, sin saber si había de seguir ante el desdentado ó si había de retirarme, y él, im-

placable, me molestó el oído con otras impertinencias.

— Ya se sabe todo; es un guapo mozo, muy galán y muy cumplido... pero yo preferiría no tener en mi familia nuevos adictos... Y luego, que tú no sabes en lo que te has metido... Pero, en fin, allá tú; eso es cuenta de tu rosario...

— ¿Y qué tiene usted que hablar de él, mamarracho! iba á decirle con saña; pero me detuve pensando que era darle al vejete mucha mano ponerme á la disputa con él. Me limité á contestarle con la posible serenidad:

— Usted es quien está ahora de broma.

— Tú sabes bien que no lo estoy, y tu voz lo dice mejor que toda tu persona: te tiembla como si estuvieras emocionada grandemente... Y lo estás, ¡vaya si lo estás! se te conoce en todo; á pesar de que has llegado á ser tan consumada cortesana, no puedes impedir el sentirte conmovida cuando se te toca en lo vivo...

— ¿Está usted loco? grité con enojo.

— ¿Loco? ¿Loco? Más discreto que nunca, y la prueba es que me he resuelto á proponerte que seamos amigos...

— Yo no quiero ser amiga de usted, don Juan Manuel.

— Una cosa de esas se dice muy fácilmente, pero se cumple con alguna dificultad... ¿Para qué hemos de ser enemigos, si á ninguno de los dos nos conviene? Ya tú sabes que cuento con una policía que da la hora; nada harás, pues, que yo no sepa... ¿Que no haces nada prohibido?

Pues, hija, mejor, mucho mejor; pero si te deslizas un poquito, nada más que un poquito, me las pagas todas juntas... Ya tú lo sabes; soy hablador, pero no embustero... Cuando digo que la burra es parda, es porque tengo los pelos en la mano... ¿Conque te conviene?

— Según lo que pida usted en cambio, gruñí más que hablé.

— ¿En cambio? Casi nada; las sobras de tu mesa, lo que el otro abandone; ya tú sabes, lo que se da á los perros... No soy exigente.

Comprendí la idea del viejo bribón, y en un arranque le grité enojada:

— ¡Antes que á usted, á los perros les daría mi amor, don Juan Manuel!

— Pues esperaré mi turno... después de los canes... Vale que dicen que el perro es el animal más noble.

Noté que Juan Bautista se paseaba impaciente en el recibimiento y le dije á mi padrastro:

— ¿Es cuanto tenía usted que decirme? ¿Sólo pensaba insultarme?

— ¿Insultarte? Tómalo como quieras, hija, que yo no he tenido ese objeto...

— Bien, pues, adiós.

— Adiós, Josefina, adiós, hija, y no te quejes si algo malo te sobreviene.

— Ya me cuidaré...

— Cúidate bien.

— Y sobre todo, procuraré vengarme... ¡Ay de sus costillas de usted!

— ¡Pero qué tremendo anda el tiempo! dijo mirándome con sorna y tendiéndome la mano.

Retiré la mía y entré al cuarto en que me esperaba mi cuñado.

— ¡Qué sobón es tu padrastro! me dijo ya encolerizado. Pero por fortuna se marchó ya... Quiero que acordemos la manera de salir adelante en nuestros negocios, y tú puedes ayudar á la causa más de lo que parece. Yo he luchado como un negro y muchas cosas he conseguido; pero ya empieza á faltarme el aliento... Me he metido á político por necesidad; pero no tengo vocación para esas cosas: soy un buey, un buey de trabajo que sigue su surco con resolución de no abandonarlo; pero nada más. Tú sí, tú sí tienes condiciones para la intriga y para el enredo y has de llegar muy alto... ¡Si hubieras sido hombre! Mi pobre hermano murió sin saber que tenía á su lado al genio de la economía, de la previsión y de la perseverancia; á una mujer intrépida, sagaz, única...

— Dios mío, me pregunté, ¿qué querrá este maldito? ¿Querrá hacerme soltar el queso, embarcándome en algún esquife que le inspire temores, ó que habiendo naufragado con él tenga que zozobrar conmigo?

— Tú serás la salvación de la casa, la autora de nues-

tra felicidad... Puedes estar segura de que no me daré por bien servido; además de la parte que te toca, me propongo darte otra igual á aquella para recompensar así tu constancia, tu talento, tu rara fidelidad y tu adhesión á nuestros intereses... Pero para que salgamos adelante importa que trabajes bien y firme. Ya es el último peldaño; ya estamos arriba; ya falta sólo que tomemos posesión del castillo; mas para eso importa que te muevas, que trabajes, que luches como yo he luchado cuatro años seguidos... Ya estoy rendido, ya estoy muerto: sube por mí el escalón que falta, y luego me aúpas para que no me desvanezca al verme arriba.

Viendo tan poético á mi cuñado, pensé que debía ser la cosa muy grave y que valía la pena de preguntarle qué había de hacerse.

— Lo que tú quieras; eres mucho más discreta que yo, y á tu ingenio travieso y fecundo pueden ocurrírsele expedientes mucho mejores que á mí, que ya estoy cansado y sin bríos... Su Majestad es un sensible, un cariñoso, un expresivo, ¿por qué no le pides que no te deje en la miseria, que no te condene á la desgracia eterna? No lo sé de cierto, pero me figuro que no ha faltado algún infame que me ha malquistado con él... ¿Por qué tú no tomas la cosa por tu cuenta y lo arreglas todo? Échate á los pies de Maximiliano, ruega, solicita, llora si es menester... ¡Es tan fácil llorar para una mujer bonita, y le sienta tan bien!...

— Bien, le dije, pero si el cuartel general se opone, si Bazaine repugna lo más mínimo á un arreglo entre ti y el Gobierno, estamos perdidos... Más vale que tú lo adereces todo y después me comisiones á mí...

— A Dios rogando y con el mazo dando; conquista al Emperador y yo me encargo de Bazaine. No pases cuidado.

— No tienes que recomendarme, le dije; yo agitaré todo para que no encuentres dificultad á la hora de concluir los arreglos.

— Hazlo así y no te arrepentirás.

Se despidió en la puerta y luego se volvió de la escalera.

— ¡Pero qué torpe soy! se me olvidaba decirte lo principal... Tu nombramiento te trae dificultades y compromisos que no es posible puedas afrontar así como así... Tienes que comprar trajes, alhajas y muebles; tienes que pagar modista; tienes que dar propinas; tienes que hacer, en fin, vida de corte. ¿Cuánto necesitarías para tus gastos?

— Algo me queda de lo que me entregó la Regencia, y si la Emperatriz me da cualquier sueldito, puedes estar seguro de que viviré tan ricamente.

— No, no hay que contar con eso; si quieres vivir bien y hacer el papel que te corresponde, no lo pases atendida á lo que te hayan de regalar en la corte; tienes que triunfar,

que darte gusto, que suscitar envidias y malas voluntades; de otra manera te tendrán lástima, y el que inspira lástima está perdido... Toma esta carta de crédito; es para que te entreguen los trajes y las joyas que desees en las tiendas de la corte; mañana te mandaré cinco mil pesos para que



tengas dinero á tu disposición y puedas moverte libremente: alguna vez se necesita corromper á un criado, deslizar una onza en la mano de un ujier, gratificar á un escribiente, hacer un viaje... Hasta mañana, ¿eh?... Adiós, adiós, y trabajar mucho... Ya verás qué vida te vas á dar cuando tengas dinero hasta cansarte.

Aquiles aguardaba que salieran las visitas para entrar á hablarme. Jamás he visto rostro más affigido que el suyo cuando supo que me llevaban á Palacio. En un momento se le ocurrieron cincuenta mil arbitrios: que yo renunciara el cargo de dama; que él me robara; que los dos nos fuéramos á vivir á lugares distantes, donde no nos persiguieran honores, ni compromisos, ni dificultades... Amarnos, amarnos en tierra lejana, sin testigos, sin que nadie nos importunara ni nos distrajera; buscar una selva virgen, un pueblo remoto, una casita aislada en el campo, y vivir allá teniendo por todo estímulo nuestros besos, que nos conservarían eternamente jóvenes y eternamente bellos...

Y tras mucho cavilar, Aquiles imaginó un medio: ¿No entraba yo en el palacio para servir á la Emperatriz? Pues él buscaría otro empleo que le permitiera servir al Emperador, y viéndome todo el día, consagrándoseme en cuerpo y alma, evitar cualquier motivo de celo ó de disgusto...

Me pareció de perlas aquel arbitrio, y por la mañana, cuando ya los pajarillos saludaban á la aurora con sus arpadadas lenguas y los pregoneros de jaletinas saludaban á los trasnochadores con sus lenguas estropajosas por el chinguirito que acababan de beber, nos separamos con un beso largo, largo, que no podía ni quería terminar ninguno de los dos...